

Capítulo 1

Dover, 1760

La risa podía tener mil matices, desde la alegría de un niño feliz hasta la algarabía de la locura. La risa que resonó en la noche oscura y húmeda de Dover delataba a unos hombres crueles con una víctima en sus garras.

Y eso mismo provocó que el hombre que pasaba por la calle se detuviera.

A su izquierda, el agua rompía contra el embarcadero y el viento azotaba las jarcias de los barcos. Mar adentro, las aguas revueltas agitaban un infierno de boyas. A su derecha, los faroles en la entrada de los edificios eran como esferas brillantes entre la niebla e iluminaban lo justo para que cualquier viandante no pisara los deshechos típicos de cualquier puerto: marañas de cuerdas, balas empapadas y toneles rotos que filtraban sus apestosos contenidos.

Meneó la cabeza y continuó, pero entonces volvió a oír la risa, y esta vez vino acompañada de una palabra. No la entendió, pero la voz parecía femenina.

Podía ser un tripulante joven a quien tomaban el pelo, o una prostituta bien acostumbrada a la zona. En ningún caso era asunto suyo.

Sin embargo, oyó más palabras. Pronunciadas en un tono agudo, casi autoritario. No era un jovencito. Y casi seguro que tampoco era

una prostituta. Pero, ¿qué mujer decente estaría allí en una helada noche de octubre como esa?

«Maldito sea Hares.» Se había pasado dos fríos días, y sus correspondientes noches, en alta mar y ahora sólo soñaba con una buena cena y una cama caliente en The Compass, y volver a casa mañana.

Esperó y no oyó nada más.

Bueno, la conmoción ya había terminado. Sin embargo, justo entonces el sonido de las jarras de cerveza brindando le hicieron maldecir otra vez y se volvió hacia la jarana. Una de las esferas brillantes seguramente señalaba la puerta de entrada al local, pero no veía más allá.

Cuando se acercó, sólo vio dos ventanas, una a cada lado de una entrada mal agujereada con una puerta de tablones que dejaban pasar rajadas de luz... y humo de tabaco, olor a cerveza, nueva y vieja, y peste humana. Era una taberna de puerto de las peores, lugar predilecto de marineros duros y trabajadores portuarios.

Una voz ordinaria dijo algo acerca de unas tetas.

La mujer no respondió.

¿Acaso no podía?

Cuando alargó la mano para abrir la puerta, vio un cartel pintado encima del marco que indicaba que aquel lugar se llamaba La Rata Negra.

—Que os ataque una plaga a todos —farfulló el capitán Rose cuando empujó la puerta de tablones con el hombro.

Estaba en lo cierto en lo del humo y la escasa luz, que dejaba el local en la penumbra. Aún así, vio lo suficiente.

Estaba lleno y, aunque casi todos los clientes estaban sentados en taburetes y bancos, bebiendo de vasos y jarras, todos se habían vuelto para contemplar el espectáculo. En una esquina, a su derecha, cinco hombres tenían arrinconada a una mujer. Quizá se la habían llevado hasta allí en cuanto había cometido el error de entrar por la puerta.

¿En qué debía de estar pensando? Incluso a primera vista, era obvio que era joven y de buena familia. El vestido de rayas marrones y crema valía una fortuna y llevaba el pelo a tirabuzones, recogido debajo de un delicado sombrero con encaje. Y sí, el balanceo debajo de la tela que le cubría el escote sugería que tenía unas buenas tetas. Uno de los captores estaba intentando apartar la delicada tela, jugando al gato y al ratón con la chica, aunque convencido de su victoria.

Ella le golpeó la mano.

El hombre se rió.

Rose miró a su alrededor en busca de aliados, pero no vio a nadie conocido.

Había otra mujer; una señora de gesto duro y de unos cuarenta años, que vigilaba el tonel de cerveza. Debía de ser la dueña o la mujer del dueño, pero no parecía tener ninguna intención de intervenir. Seguía llenando los vasos y las jarras de cerveza, y cobrando las monedas. Era él solo contra cinco, y los clientes habían empezado a darse cuenta de su llegada y a susurrar.

No era de extrañar. Destacaba tanto como ella. El traje oscuro era viejo, pero de excelente calidad. Llevaba el pelo suelto y una barba de un par de días, pero aquellos hombres sabían reconocer el rango y la autoridad.

Puede que el rango y la autoridad lo ayudaran, o quizá consiguieran que le cortaran el pescuezo. Era muy fácil lanzar el cuerpo al mar, y allí nadie había visto ni oído nada. En lugares como ése, nadie se andaba con chismes.

A lo mejor alguien lo reconocía, porque el pañuelo rojo al cuello y los pendientes de calaveras del capitán Rose estaban pensados para ser identificados, pero eso no lo protegería si lo atacaban los cinco a la vez.

De momento, no detectó reconocimiento ni hostilidad en los clientes, únicamente interés en el nuevo actor y la esperanza de disfrutar de más espectáculo gratis. Rose volvió a concentrarse en la

escena de la esquina. Sí, era una dama. Lo sabía por la ropa, pero también por el porte y la ira reflejada en sus ojos. ¿Qué esperaba? ¿Que los habituales de un lugar como ese fueran caballeros?

La altivez y la voluptuosa silueta iban a conseguir que la violaran allí mismo. Incluso esos desalmados se opondrían a atormentar a una mujer asustada, pero una que presentaba tanta resistencia les llamaba la atención, y más si había acudido por su propio pie.

¿Acaso había venido buscando ese tipo de aventura? Algunas mujeres creían que los tipos duros eran excitantes, pero tendría que estar loca para caer tan bajo y, aunque se esforzaba por resultar digna, era muy joven. Quizá ni siquiera llegaba a los dieciocho. Seguro que era demasiado joven para algo tan depravado. Cuando dos de los acosadores presintieron algo y se volvieron hacia él, el capitán se preguntó si podría recurrir a la locura para liberarla.

Uno de los hombres tenía una cicatriz en la cara y era delgado, pero el otro era como un buey: rudo, todo músculo y con una frente ancha y dura. Sacar de allí a la chica sin verter ni una gota de sangre no iba a ser fácil, y puede que la sangre vertida fuera la suya propia. El más menudo sacó un puñal que parecía muy afilado.

Ahora ya era demasiado tarde para echarse atrás. Como con cualquier animal salvaje, sería desastroso mostrar miedo, a pesar de que el corazón le latía acelerado. Y, en realidad, no podía abandonar a aquella pobre criatura.

Avanzó y se fue abriendo camino entre las mesas.

— ¡Aquí estás, desvergonzada! — rugió, con la voz que usaba para dar órdenes en pleno temporal—. ¿Qué demonios crees que haces, paseándote por aquí sola?

Ninguno de los acosadores se movió. Y tampoco la víctima, aunque lo miró fijamente. Fue entonces cuando el capitán vio que la chica estaba al límite. Tenía los ojos pálidos. Sólo esperaba que los suyos no tuvieran el mismo aspecto. «Sígueme el juego, maldita sea», pensó mientras calibraba el peligro que los rodeaba.

Seguramente, el único peligro inminente eran los dos que se habían vuelto hacia él pero, ante la menor señal de miedo, se le echarían todos encima como una manada de perros hambrientos. Llevaba un revólver en el bolsillo, pero eso sólo suponía un disparo. También tenía un puñal, pero no era tan burro como para creer que ganaría una lucha con puñales. Además, sacar cualquiera de las dos armas justo ahora sólo demostraría que tenía miedo.

Sólo conseguirían salir de esa si actuaban con naturalidad, así que pasó entre los dos hombres, agarró a la chica del brazo y dijo:

—Vamos.

De forma instintiva, ella se resistió, pero luego accedió. Seguramente parecía la actitud correcta para una mujer a la que el marido o el tutor había descubierto haciendo una travesura. Sin embargo, cuando Rose intentó dirigirse hacia la puerta, los dos hombres le bloquearon el paso.

—Tu amiguita ha venido de visita —dijo el de aspecto de buey, apretando los puños. Estaba claro que creía que eran la única arma que necesitaba, y seguramente tenía razón—. Ahora es nuestra.

—Es mi mujer —dijo, en un tono de agotamiento que esperaba que despertara la solidaridad de los hombres—. Además, está medio chalada, como podéis ver. Dejadnos ir.

—Me da igual si es tonta, siempre que tenga las tetas grandes —respondió el de la navaja, y le enseñó los dientes rotos y sucios—. Queremos verle las tetas.

«Ah, por Dios.»

—No lo creo —replicó Rose, que acercó la mano izquierda a la muñeca derecha, la giró y sacó un puñal.

Esa técnica solía impresionar a sus enemigos, porque guardaba el puñal en una funda que llevaba pegada al antebrazo, de modo que la aparición del arma parecía un truco de magia. Y en ese momento de distracción, sacó el revólver del bolsillo derecho. Era zurdo, pero bastante ambidiestro, y el revólver era pequeño y fabricado especialmente para poder manejarlo con una mano. Era demasiado pe-

queño para objetivos lejanos, pero bastaba para detener a un hombre de cerca.

El hombre más bajito miró las armas con los ojos entrecerrados; con cautela aunque valorando sus opciones. El buey seguía dándole vueltas a la situación y apretó los dientes, claramente anhelando poder morder a alguien.

¿Se seguirían interponiendo en su camino? Lo comprobó dando un paso al lado. Los dos tipos se movieron para bloquearle el paso.

El del puñal se dirigió a los demás:

—Venga, está solo y, a juzgar por el aspecto de esas armas, no será ningún problema. ¡Menudo puñal más ridículo! ¡A por él!

El grupo se movió aunque con indecisión.

Rose levantó el revólver y lo pegó al ojo del que empuñaba el puñal.

—Tú morirás primero.

En medio del silencio sepulcral que se produjo, desde el fondo del local, alguien habló. Era una voz de hombre mayor, pero fuerte.

—Es el capitán Rose, amigos. Yo no sé si querría enfrentarme a él.

Casi todos se volvieron hacia el hombre que había hablado, excepto los dos acosadores. El capitán Rose no les quitó la vista de encima.

—¿Rose? ¿Una flor? —se burló el del puñal—. Le arrancaré los delicados pétalos uno a uno.

Sus compañeros se rieron, aunque no parecían decididos a actuar.

—El capitán Rose de *El Cisne Negro* —añadió el señor mayor—. Le partió el brazo al último que se atrevió a amenazarlo con un puñal.

Los otros tres retrocedieron un poco. Rose no tenía ni idea de quién era ese hombre, pero le dio las gracias en silencio, aunque esperaba no tener que cumplir con la amenaza.

El capitán Rose y su barco, *El Cisne Negro*, eran muy conocidos

en aquella parte de la costa sur de Inglaterra. Casi siempre, el barco zarpaba en misiones comerciales, pero a veces realizaba negocios ilícitos en el canal. Se había asegurado de que todo el mundo supiera que dichos negocios ilícitos no beneficiaban a los franceses, y más durante la reciente guerra entre los dos países. Ni siquiera la rata marina más despreciable de Kent encajaría bien que alguien favoreciera a su acérrimo enemigo.

Todo el mundo sabía que el capitán Rose de *El Cisne Negro* era un inglés leal y un buen marinero, aunque también era conocido por otras cosas. Por disfrutar de una buena pelea mano a mano y, sí, por enfrentarse a cualquiera que lo amenazara con un arma.

Pero había dos capitán Rose, y él era el otro.

Él era el duque de Ithorne, a quien sus amigos llamaban Thorn.

El otro capitán Rose era Caleb, su hermanastro.

Thorn era tan buen marinero como Caleb, o incluso más, pero no era aficionado a las discusiones inútiles y no era bueno en las peleas. Aparte de eso, Caleb y él eran prácticamente idénticos. Las pequeñas diferencias quedaban escondidas bajo una barba incipiente que, a veces, se convertía en barba frondosa. Para que el engaño fuera completo, el capitán Rose siempre iba vestido igual: una anticuada levita negra, un pañuelo rojo al cuello y un pendiente con forma de calavera y ojos de rubí.

Por lo general, la gente veía lo que quería ver, de modo que aquel exterior significaba que aquel hombre era el capitán Rose de *El Cisne Negro*.

Casi siempre, Caleb era el capitán de *El Cisne Negro* y, al ser así, su reputación iba unida a la del capitán Rose, que era conocido por ser un mujeriego sociable y un valiente luchador. Empezaba una pelea encantado, sobre todo si había estado bebiendo, y luego bebía alegremente con sus oponentes... siempre que no le hubieran amenazado con ningún arma. Para él, los puñales eran una ofensa personal y castigaba duramente al enemigo que se la mostraba. Quizá la reputación de Caleb inclinaría la balanza a su favor en este caso.

—Correcto, soy Rose, así que haced caso a ese hombre y apartaros de mi camino.

El buey arrugó la ceja.

—Sigues siendo tú solo.

—Uno de una clase puede valer más que uno de otra.

El buey se lo quedó mirando, desconcertado.

Otro hombre que estaba sentado cerca de ellos dijo:

—He oído hablar del capitán Rose, pero no sabía que estaba casado.

—Bueno, no es una unión bendecida por la iglesia —admitió Thorn.

Entre risas, uno de los acosadores gruñó:

—Pues para ese tipo de juegucito, yo la preferiría más dulce.

—A lo mejor a mí me gusta que tenga carácter —replicó Thorn.

—¿Es así en la cama, también?

—Es increíble. —Lo dijo simplemente para molestar a los hombres que la tenían retenida, pero enseguida reconoció su error. Aquel comentario despertó un interés renovado en todo el local.

Un vaso voló por los aires, salpicando cerveza, y golpeó en la cabeza del tipo de la navaja. El hombre gritó, se llevó la mano a la cabeza, se tambaleó y cayó de rodillas al suelo.

—Eh, ese era mi vaso —protestó alguien, aunque sin demasiado entusiasmo.

Thorn empezó a maldecir. La conversación había sido una distracción, y había caído en la trampa. Por suerte, ella no. Retrocedió hasta que estuvo a su lado otra vez.

—Buena puntería, señora.

—Gracias, señor —respondió ella, muy tensa—. Pero no tengo más munición a mano.

Thorn le dio el revólver.

—Está cargado, así que tenga cuidado.

Ella lo aceptó, aunque lo manejaba como si fuera la primera vez que tuviera uno entre las manos.

—Apunte hacia arriba —dijo él, enseguida—. No queremos matar a nadie. Al menos, no de forma accidental —añadió, deliberadamente.

Por fin los acosadores retrocedieron. Obviamente, la visión de un revólver en manos de una mujer aterraba más que la del mismo en manos de un hombre, y más si la mujer en cuestión no sabía qué hacer con el arma.

Thorn tuvo que reprimir una carcajada y rezó para que la chica no le disparara a nadie por accidente, y menos a él. Aunque quizá aquello había hecho girar el viento a su favor. El tipo del puñal seguía atontado. Le había dado un buen golpe. Y el buey parecía realmente bovino sin su compañero.

Thorn metió la mano en el bolsillo de los pantalones para sacar unas monedas. ¿Cuál sería la recompensa justa en aquella situación? No quería despertar la avaricia de los clientes, aunque sí ofrecer lo suficiente para poder salir del local sin problemas. Sacó una moneda de plata de seis peniques y se la lanzó al hombre que se había quedado sin cerveza.

—¡Gracias, señor! —exclamó el hombre, con una sonrisa sin dientes.

Thorn sacó una corona y se la enseñó a otro de los matones.

—¿Para el rescate?

El hombre dudó unos segundos, y luego aceptó la moneda de cinco chelines.

—¡Perfecto, capitán! Supongo que ha valido la pena por ver ese lanzamiento perfecto. Aunque yo le quitaría el revólver, y de prisa.

—Un buen consejo.

Recuperó el arma de las manos temblorosas de la chica y puso el seguro, pero no la guardó. El local seguía lleno y Thorn no estaba seguro del ánimo de los presentes. Podían arrinconarlos, tirarlos al suelo y matarlos antes de que llegaran a la puerta. Podían hacerlo simplemente por dinero. Las mujeres eran baratas, pero las monedas de plata no se veían con frecuencia.

¿Estaba pensando demasiado y asumiendo mucho riesgo, como solían decirle sus amigos? ¿Cómo podía alguien no pensar en una situación como esta? Sin embargo, pensar no los estaba sacando de aquel entuerto y el tipo del puñal empezaba a recuperarse. Las caras que lo rodeaban eran misteriosas y perfectamente podían esconder un interés macabro en el contenido de su bolsillo...

Pero entonces empezaron a repicar las campanas de la iglesia.

Todo el mundo se puso alerta. Era demasiado tarde para un servicio religioso.

—¿Los franceses? —farfulló alguien, y otros se preguntaron lo mismo.

Varios hombres retiraron taburetes y bancos y se levantaron. Algunos incluso los tiraron al suelo con las prisas. Desde tiempos inmemoriales, las campanas de las iglesias habían avisado a los hombres de la costa de Kent para acudir a los embarcaderos y repeler las invasiones francesas. Y a pesar del reciente tratado de paz, nadie de por aquí, a escasos veinte kilómetros de Calais, se fiaba de los franceses.

A Thorn le parecía que era más una señal de duelo que una alarma por invasión pero, ¿por qué doblaban las campanas en señal de duelo tan tarde?

Y justo entonces, alguien entró en el local y gritó:

—¡El rey ha muerto! ¡Jorge II ha muerto! Le ha dado un ataque esta mañana. Está frío como el hielo.

«Santo Dios.»

Sin embargo, era su oportunidad.

—¡Pues que Dios salve al nuevo rey! —exclamó—. La cerveza corre a mi cuenta. Bebed, hombres, bebed y brindad por el joven Jorge III.

Cuando todos se dirigieron hacia la barra, volvió a agarrar a la chica por el brazo. Cuando ella se resistió, él le espetó:

—¡No sea estúpida!

—¡Mi capa! —jadeó ella.

Thorn vio la prenda arrugada en el suelo y dejó que la recogiera y se la colocara alrededor de los hombros, antes de tomarla por la cintura y dirigirse hacia la puerta en medio del caos que reinaba en La Rata.

Allí se encontró con un hombre de mirada dura y con la mano extendida. Era el dueño de la taberna. No había tiempo para entretenerse. Thorn sacó media guinea de su bolsillo secreto y se la dio. El hombre sonrió y asintió con la cabeza.

—Gracias, señor. Y que Dios bendiga al nuevo rey. Será muy extraño tener a uno nuevo.

—Mucho. —Thorn miró a su alrededor buscando al hombre que le había ayudado revelando su identidad y recibió un guiño de ojo de un hombre mayor que estaba sentado en un rincón, fumando tranquilamente de su pipa. Se arriesgó a acercarse y le entregó una guinea.

El hombre se la guardó en el bolsillo y asintió con dignidad.

—¡Que Dios le bendiga, señor!

—Y a usted también.

Y entonces sacó a la chica de allí. Corrieron por el embarcadero hasta que desaparecieron en la oscura niebla. Thorn dio las gracias por el gentío que empezaba a abarrotar las calles. Cuando había entrado en la Rata, aquella zona estaba casi desierta, pero ahora la gente salía de las casas y acudía desde otras partes de la ciudad para celebrar juntos la noticia.

El peligro inminente había pasado pero, ¿qué diantres se suponía que tenía que hacer con esa mujer? Y especialmente ahora, en un momento tan extraordinario.

El viejo rey había reinado durante treinta y tres años, tanto como alcanzaba la memoria de mucha gente, incluido él mismo. El hijo mayor del rey, Federico, había muerto hacía unos años, de modo que el heredero al trono era el pobre hijo de Federico, Jorge, un hombre más joven que el propio Thorn y bajo la tutela de su madre y de su tutor noble, el conde de Bute.

La amenaza de caos se cernía sobre Londres y tenía que regresar a toda prisa, pero tenía un peso inquieto y testarudo en la espalda. La chica se había tapado con la capa y se había protegido del frío con la capucha, de modo que Thorn no pudo verle la cara hasta que ella lo miró.

En un tono plano, la chica dijo:

—Ahora va a abandonarme.

«Una súplica te funcionaría mejor, jovencita.» Sin embargo, no parecía de las que suplicaban, ni a los granujas violentos ni a los rescatadores impacientes. Él admiraba esa cualidad.

¿O acaso sus palabras eran un ejemplo de astucia que complicaba todavía más las cosas? A Thorn no le gustaba que lo manipularan y le ofendió que ella creyera que abandonaría a una joven en aquella zona, y menos en una noche como esa.

—Será mejor que venga a mi hostería —dijo él, con brevedad—. No está lejos y allí podremos solucionar su problema.

—Dudo que le sea tan fácil.

—¿Prefiere que no lo intente? Pues márchese.

Notó que la chica se tensaba.

—No, lo siento. Es que es... complicado.

—No lo dudo. —La rodeó con el brazo por los hombros para guiarla entre el gentío. Por un momento, ella se resistió, pero luego entró en razón. El ambiente estaba muy animado. Estaba claro que celebrar la llegada del nuevo rey era preferible a llorar al antiguo, pero la celebración implicaba bebida, mucha bebida, de modo que aquello podía convertirse en un gran disturbio—. ¿Qué hacía en La Rata?

—¿Se llama así? Muy apropiado.

—¿Y bien? —insistió él.

—Yo... —Pero entonces se volvió, lo abrazó y se pegó a él. De forma instintiva, él la abrazó, pero enseguida la agarró por las muñecas para apartarla. Maldición, ¿era un nuevo método para comprometerlo y obligarlo a casarse?

—No —susurró ella, desesperada y aferrándose a su abrigo—.
¡Por favor!

«Santo Dios.» Había oído hablar de mujeres que se habían vuelto locas de deseo promiscuo. ¿Sería este un caso? ¿Era eso lo que la había traído al embarcadero? Thorn no podía negar que le había despertado la curiosidad, así que le besó los labios abiertos.

Ella se quedó inmóvil y cerró los labios con fuerza.

Vaya, pues no se había vuelto loca de deseo promiscuo. Y ni siquiera fingía entusiasmo ante la esperanza de haber despertado su interés. Aquello dejaba solo una explicación.

—¿De quién se esconde? —susurró.

Ella se relajó un poco.

—De dos hombres que se acercan por la calle.

El roce de sus labios contra los de Thorn resultó sorprendentemente seductor aunque, al parecer, no para ella. Thorn se dio cuenta de que la chica no estaba en absoluto interesada en él.

Menuda novedad.